

[Publicado en la revista de investigación de la Universidad de Heidelberg en 2014 con el título “Kopf oder Körper. Dem Ich auf der Spur”]

“¿Cabeza o cuerpo?: Siguiéndole la pista al yo”¹

Thomas Fuchs²

“Nada está adentro, nada está afuera, pues lo que está adentro se encuentra afuera”, escribió Goethe en sus escritos sobre los fenómenos de la naturaleza. ¿Pero cuenta eso también para nosotros los humanos? ¿Dónde se encuentra el “yo”: adentro o afuera? ¿En la cabeza o el cuerpo? ¿Es solamente una ilusión producida por el cerebro? Las investigaciones con respecto al cerebro nos presentan fundamentales preguntas sobre la relación entre alma y cuerpo, entre espíritu y materia, y entre sujeto y objeto.

¿Dónde nos encontramos? Esta pregunta parece fácil de responder: estamos, simplemente, ahí donde nos encontramos y a donde vamos; ahí donde se encuentra nuestro cuerpo. La cosa se pone algo más complicada cuando se pregunta por nuestro centro mental; es decir, la conciencia, el “yo”, el “ego”. La mayoría de los hombres localizarían, gracias a los conocimientos neurocientíficos, a su “yo” en el cerebro. El filósofo francés René Descartes dijo que el lugar donde se encuentra el *alma* es en la epífisis, un órgano en forma de piña ubicado en la zona cerebral. Ahora esta búsqueda del “centro del yo” conducida como si se encontrara en el cerebro, donde todos los datos van juntos, se nos presenta en vano. En el cerebro, no existe un homúnculo, ningún observador en el sentido de Descartes, que pueda ver el acto o representación de las neuronas sobre el mundo. Lo que encontramos ahí es, simplemente, un complejo juego de diversas áreas que contribuyen a mostrar vivencias

¹FUCHS, Thomas, 2014 “Kopf oder Körper. Dem Ich auf der Spur”. *Forschungsmagazin Ruperto Carola: Draußen & Drinnen*. Heidelberg, número 5, pp. 16-23.

²Thomas Fuchs (1958) es Ph. D en Filosofía y M. D. en Historia de la Medicina. Es profesor en la Universidad de Heidelberg y se desarrolla en las disciplinas de la Medicina, Psiquiatría, Filosofía, Neurofilosofía, entre otros.



sentimentales, espaciales y de reflexión. Es totalmente incognoscible, aún, cómo estas funciones se coordinan y se integran en nuestra conciencia.

No obstante: famosos neurocientíficos y neurofilósofos están de acuerdo en que la vivencia propia es producida por el cerebro. Algunos otros son de la opinión de que el “yo” expone solo una construcción de datos, que es activado por el cerebro en el momento pasajero en que uno está despierto. En las palabras del neurofilósofo Thomas Metzinger:

“Las vivencias conscientes se asemejan a un túnel. [...] Primero, el cerebro produce una simulación del mundo que es tan perfecta que no puede ser reconocida como una imagen de nuestra propia mente. Luego, eso genera una imagen de nosotros mismos como de una totalidad. [...] Nosotros vivimos nuestra vida consciente en un ‘túnel del Ego’”.

Y, pues, si nosotros mismos tenemos el deseo de ubicar al cerebro como centro de la acción de nuestra conciencia, algunas afirmaciones pueden ser diametralmente contradichas gracias a nuestra experiencia diaria. Pues nosotros vivimos para nosotros mismos y el mundo no está adentro del cráneo, vive como un ente con cuerpo –es decir, que es físico. Si queremos darnos un significado, los unos mostrarán con una propia mirada hacia atrás un lugar entre los ojos; los otros, hacia el pecho, donde se encuentran los sentimientos. Del mismo modo, cada dolor nos hace bastante claro que tal parte del cuerpo está inevitablemente anexada a nosotros (“pues solo en la cueva estrecha de la muela, se encuentra el alma”, como lo había formulado Wilhelm Busch cuando habló del dolor de muelas). Lo mismo cuenta para nuestros movimientos: Bailar un vals no es una demostración de que mi cerebro baila (o mi aparato de la parte parietal). El que baila, en verdad, soy yo, en tanto yo me muevo al ritmo de la música y me dejo llevar con los movimientos del cuerpo. A un entrenado bailarín, a un actor o a un pianista no se les ocurriría localizarse en un ‘túnel del Ego’ del cerebro. ¿Y no vemos al otro como una entera y personificada, valga la redundancia, persona? ¿No amamos su forma de verse, su conducta, su forma de caminar y su ánimo?

Nuestras experiencias diarias como ser vivo y corpóreo no van muy bien con la concepción del “cerebro-mismo”. ¿Cómo nos relacionamos con la imagen neurocientífica del hombre? “Miembros fantasma” –dolores de amputados que aparecen en un espacio vacío del cuerpo -de la parte que ya no está, sobre todo



las experiencias extracorpóreas en situaciones externas donde se ve al mismo cuerpo como si algo pudiera ver al mismo cuerpo *desde arriba*-. Tales fenómenos parecen probar que la experiencia corpórea de espacio es solo una demostración de un constructo del cerebro y es casi totalmente, para cualquiera, un ente fácil de engañar. Y las actuales teorías de cognición social nos dicen que nosotros solo debemos deducir de los signos externos dentro del estado interno del otro, y servirnos de la teoría de la mente para medir qué podría estar detrás de la frente de uno. Pues la conciencia está ahora solamente una vez “adentro”, escondida detrás de la funda externa del cuerpo.

•De Platón al presente

Todo esto parece confuso: ¿dónde debemos localizarnos ahora? Debemos, primero, tratar de entender cómo nos hemos venido a meter en este dilema y esta historia vuelve a tener valor. Para Platón y los pitagóricos, nos encontramos por primera vez con la idea de que el alma está encerrada en el cuerpo, como si este último fuera un conjunto de barrotes. En relación a esto, el filósofo latino Agustín de Hipona y los neoplatónicos dividían al ser en dos partes o dos sectores: “el afuera”, el mundo espacial-corporal y el “adentro”, el mundo del alma, del espíritu. “No vayas hacia afuera, vuelve hacia ti mismo; en el hombre interno, vive la verdad”, dice Agustín en una de sus conocidas frases. Por el contrario, está la enseñanza de Aristóteles, por la que el alma, como forma y viveza del cuerpo le es inseparable al mismo (aun cuando Aristóteles concibe al espíritu racional como una existencia independiente). Y así se siguió valiendo para el dominante discurso filosófico, teológico y médico de que el alma es inseparable, pero que está ampliada dentro de todo el cuerpo orgánico: “El alma humana está entera en todo el cuerpo y en cada una de sus partes”, es así según Tomás de Aquino y Meister Eckhart –un discurso que corresponde a lo más conocido o acostumbrado por nosotros y a un cierto descubrimiento propagado en todo el cuerpo. Nosotros sentimos del mismo modo el palpar del dedo como en un estómago presionado o el dolor en la cabeza.

La radical separación de lo de Afuera y lo de Adentro tuvo éxito con Descartes. Primero como “*res cogitans*”: como una sustancia pensante, el alma se convierte en un mundo interno puro. Descartes muestra, por el contrario, al cuerpo humano como el aparato mecánico del mundo material externo, “*la res externa*”. Aparte de la epífisis en el cerebro, no tienen estos dos mundos nada más en común. “Conciencia” se llama el espacio interno mental en el que las



imágenes del mundo están proporcionadas, tomadas por la epífisis y son experimentadas por nosotros como en un panóptico o –como se le llama hoy, un “cine en la cabeza”. Con el cuerpo, no tiene nada más que ver esta conciencia. Nuestra sensación espacial del propio cuerpo debe ser explicada como una proyección visionaria –para probarlo, se remite Descartes a los miembros fantasmas de los amputados. Lo que nosotros vivimos con el cuerpo sentido es, entonces, nada más que un así llamado de costumbre “cuerpo fantasma”. Así lo ve también la actual neurociencia –solo que ellos describen a la conciencia, la continuadora del alma, como un producto del cerebro. “Su propio cuerpo es un fantasma que su cerebro ha construido transitoriamente a base de razones prácticas”, menciona el neurocientífico hindú Vilayanur Ramachandran.

• Sentido consciente en el cuerpo

¿Cómo podemos salirnos, entonces, de este supuesto “cine en la cabeza o “túnel del Ego” y ser libres? Para eso, debemos, a continuación, tener presente que nosotros experimentamos nuestro cuerpo subjetivo normalmente como congruente o coextensivo con el propio cuerpo orgánico: El dolor identificado se encuentra ahí donde la aguja o la física mano lo ha pinchado. El alfarero siente el barro, ahí donde su mano realmente lo ha presionado y formado. Y el paciente le muestra al médico su pie dolido: él busca donde le duele no en el cerebro. Diferente a lo que Descartes asumió, existe algo así como una absoluta subjetividad espacial ampliada, una “*res cogitans extensa*”. Esta coextensión del cuerpo subjetivo y orgánico no es una ilusión, sino que es funcional y absolutamente tiene sentido: el vivir consciente es ahí, donde se encuentran las interacciones con el mundo natural –en el cuerpo y sus “periferias”, no en el cerebro. Solo porque la sensación del alfarero es en su mano y él siente la resistencia propia del barro, puede formarlo hábilmente. Una transformación desnuda y central en la cabeza no podría nunca producir lo que permite la presencia directa del sujeto en su mano: el vínculo de la percepción, movimiento y material en el mismo espacio. Corpóreamente todos estamos ahí, donde nosotros entramos en contacto físico con algo y ahí, donde hay algo por hacer.

Cuando buscamos el dolor en el cerebro, pensamos siempre como Descartes que el cuerpo es solamente una máquina externa. Los evolucionistas están en contra de esta tesis: inicialmente, fue el cuerpo un órgano, en cuanto al sentido, de sentir y con sentido. En su contacto con el ambiente, el organismo se vuelve



irritable, sensible y responsable. Si se toca, por ejemplo, con una varilla de vidrio el tentáculo de un pulpo, este velozmente lo retirará. Toca el animal (el pulpo mismo), por el contrario, por su movimiento propio, tal varilla, él no retrocede, sino que se acerca y lo palpa con más tentáculos. Aun sin cerebro, puede el pulpo distinguir entre el “ego” y el “no-ego” –solo a través de la sensación y propio movimiento del cuerpo su cuerpo.

•Conciencia con cuerpo

El desarrollo del cerebro continúa y crecen las propias vivencias de los animales más desarrollados hasta los hombres, pero su “yo” se queda, sin embargo, dentro del cuerpo: que la conciencia corpórea sea coextensiva con el organismo demuestra que el cerebro no hace que esto se origine como Atenea en la cabeza de Zeus, sino que es más del comienzo en una conciencia corpórea. Esto representa a las experiencias propias del organismo vivo en su conjunto y no como algo producido como fantasma en el cerebro. Esto significa: somos personificados en el mundo –y no solo tenemos la ilusión de ser un ser de cuerpo.

Libremente, las sensaciones del cuerpo son muchas veces difusas y no concuerdan muy bien con las estructuras y fronteras del cuerpo. Se pueden ampliar a instrumentos útiles y hábiles: para los ciegos, es el bastón una parte de su vida, su herramienta que lo lleva hacia una zona con sentido, que le ayuda a reconocer el ambiente. El conductor conocedor siente, literalmente, la calidad del pavimento de la calle de bajo de sus ruedas. Nuestro vivir propio atraviesa, de vez en cuando, las fronteras del cuerpo. Así, se alcanza más allá del miembro fantasma sobre el tacón “en vacío”, pues el cuerpo ahí se queda con normalidad sintiendo y moviéndose. Por eso, un amputado puede, a través de la práctica y la costumbre, “incorporar” una prótesis que se convertirá en una nueva parte del cuerpo, con la que este, al final, sí sentirá. Tales desplazamientos de los sentidos son totalmente funcionales. Estos prueban, básicamente, que el ser corpóreo es congruente con la estructura orgánica del cuerpo.

Esto no significa que nosotros podríamos sentir sin un cerebro. Las áreas funcionales motoras y somatológicas del cerebro son condiciones necesarias de esta vivencia del sujeto. De ahí no sigue, de ningún modo, que encontrar el “yo” en el cerebro sería como “el alma” de Descartes en la epífisis. Que no se pueda ver nada sin la retina, no prueba que esta es la que ve –esto lo hace, en



cambio, la corteza visual en la cabeza. Mirar, oír, tocar, pensar pueden siempre resultarle al ser vivo como un todo. Y así es atado el sentido del “yo” en todo el organismo. Nosotros somos, ante todo, vivos; es decir, al mismo tiempo seres experimentadores y vivos. Nosotros pertenecemos al mundo, con piel y cabello –no hay nada (otra vez) dentro de nuestro interior.

·... **pues lo que está adentro, está afuera**

Personas con cuerpo estamos ahí para los otros. Nosotros no percibimos a los otros como un cuerpo real puro, del cual nosotros podemos deducir sus movimientos externos como manejados por un “habitante en el cerebro”. El cuerpo es mucho más que la acción de vida de las personas: en este, se presenta y nos convierte en personas presentes. Nosotros reconocemos al hombre, otra vez, en el característico sentido de su andar, su postura, sus gestos y mímicas. Su cuerpo es parte de su personalidad, su identidad. En las miradas de los otros puedo ver un “él mismo”; su mano llana en el saludo, le doy la mano, y en sus palabras, percibo su “él mismo”. Si estuviera la persona oculta detrás del cuerpo, solo podríamos ver miradas vacías y, en vez de palabras, escuchar solo tonos, en los cuales nadie se pronunciaría; solo con signos podríamos interpretar el inaccesible mundo interno. Las personas son fenómenos naturales: eso que se muestra corpóreo, que está presente en su expresión y aparición. “Nada está adentro, nada está afuera; pues lo que es dentro, está afuera”.

Conclusión: No estamos metidos en cualquier lugar de nuestro cuerpo para recibir imágenes y novedades del mundo. Nosotros somos grandes entes corpóreos y acuerpados, y así siempre seremos en relación al mundo y a los otros. “No hay hombre interno: el hombre es en el mundo y él se reconoce sólo en el mismo”, decía el fenomenólogo de los cuerpos, Maurice Merleau-Ponty. Nosotros podemos localizarnos en tanto mostramos todo nuestro cuerpo y nosotros vivimos como un ser vivo. Nos podemos volver a encontrar con todo eso que hemos colocado en contacto en el mundo con nosotros –en nuestro departamento, trabajo, empleo y relaciones. Sobre el dilema de Descartes, la absoluta separación de lo interno y externo, no debemos rompernos tanto la cabeza. Mejor es tomárselo con ironía, así como lo hace Robert Gernhardt en su poema “Filosofía-Historia”:

“El mundo externo e interno

Fueron alguna vez uno

Eso vio un filósofo que excitado



Insistía por claridad y pureza

*El mundo interno,
Por esto, sobresaltado,
Se ocultó en el sujeto.*

Y cuando el mundo externo descubrió

Se escondió, pues, en el objeto.

*El filósofo vio esto feliz,
En tanto él el dilema creó
Por todos los tiempos, se ganó
Esta utilidad y profesión”.*